

Acá arriba, allá abajo

Antonio Oria de Rueda

Para Pascal, el chico de la etnia misteriosa



Trabajo acá arriba, en el altiplano.

Acá arriba, la escuela atiende a las etnias más desfavorecidas, a las etnias tintadas de colores, o a veces, dirías que también a las etnias demasiado blancas, en esto del color, sucede como sucede en la vida, hay que lucirlo en su justo punto: ni

demasiado, ni demasiado poco. Y si, por casualidad, te ocurre que sea demasiado, entonces preocúpate de que te haya tintado el sol, no la naturaleza. Si te tinta el sol, entonces eso no es un problema, sino una ventaja. Por eso hay gente que acude a encerrarse en unas cajas azules, donde dicen que te tintan unos rayos como los del sol.

Trabajo acá arriba, en el altiplano, y doy mis clases a niños de las etnias. Además, son pobres. Si eres de las etnias, y tus papás tienen plata, entonces tampoco hay problema ninguno. El problema surge cuando tienes mucho color, y el color no te lo ha puesto la caja azul, sino tu mamá, y tu mamá no tiene plata.

Acá arriba, en el altiplano, las mamás no tienen plata, ni hablan español, sino que hablan sus lenguas. Y las abuelas también hablan sus lenguas. Tienen problemas para hablar el español. Algunos libros dicen que el español es la lengua de los dominadores. Otros libros, vienen a decir que aprender español es imprescindible para integrarse en la cultura mayoritaria. Yo no sé qué cosa es integrarse. Sí sé qué cosa es desintegrarse. Como, por ejemplo, cuando no desayunas. Cuando no desayunas, estás como desintegrada.

La mayor parte de mis alumnas y de mis alumnos vienen a clase sin desayunar. Si

hay clase de música, y hay silencio, porque ya llega la audición, entonces te das cuenta de que sus tripitas están rugiendo. Son rugidos compensaditos. Como los de la hiena, más que los del león. Las tripitas de mis alumnas hacen música popular, cuando sus bocas callan para escuchar la música culta. A veces, los rugiditos de las niñas de mi clase ensordecen las músicas clásicas.

[Muchos de mis alumnos hablan el español. Y traducen a sus abuelitas, porque ellas no lo hablan. Yo no sé muy bien cómo se sienten mis alumnos cuando tienen que traducir a sus mamás, a sus papás o a sus abuelitas, pero no me gusta nada, algunas veces, las caras con que los miran, según los están traduciendo. Al director, tampoco le gusta nada, porque no sabe si están traduciendo lo que él dice, o lo que a ellos se les pega a la gana.]

Cuando llegan las elecciones y hay que votar, el Gobierno dice que habrá más plata para las escuelas como esta, del altiplano. Pero después, iniciando su mandato, se olvidan de todo lo que han prometido. Y, aunque hay plata para las escuelas de allá abajo, para las de acá arriba, no hay. Harían falta más profesores, pero no hay plata para pagarlos.



En purita justicia, considero que es lógico que no nos den plata a las escuelas de acá arriba. Porque sus hijos van a las de allá abajo. Entonces, es lógico que la plata se la den a las escuelas que hay allá abajo. Son las suyas. A veces, nos llegan cajones con materiales docentes diversos, materiales que nunca jamás nadie pidió, que no sirven. Entonces, los guardamos en el almacén, para cuando haya alguna fiesta y haya que

caso
abierta



disfrazarse, o para cualquier otro uso que se les pueda dar.

Una vez, llegó una caja llena de lápices rotos. Lápices recién llegados, que observamos con veneración. Curioso: al llegar, no estaban rotos: es cuando intentas sacar punta, se te deshacen en las manos.

[Allá abajo, los chavales juegan a un juego que va sobre grandes empresas que conquistan países. Acá arriba, sin embargo, eso de conquistar países, no es ningún juego. Claro que, allá abajo, los niños se preparan para trabajar en las grandes empresas. Acá abajo, en la limpieza, o en la barra de un bar de barrio.]

Acá arriba, a los niños y a las niñas les cuesta más aprender las cosas. Claro que, en muchas de mis casas, no hay ni un solo lugar en el que se pudiese dejar un libro. Pero, sí, es un misterio de la naturaleza: las cosas de las que tratan los currículos, no les entran en la cabeza, les entran con gran dificultad. Las cosas de la vida, aquellas de las que están llenas sus casas, esas cosas las traen ya sabidas. A veces, demasiado pronto. Otras veces, demasiado bien. Las cosas de la vida sí caben en sus casas. No es como los libros.

Hay ventajas, acá arriba. Están las sonrisas. A pesar de todo lo que saben, a pesar de la vida aprendida, estos niños y estas niñas saben sonreír. Saben llenar el planeta con una sonrisa. Saben detener la Historia en cada pliegue de la boca. Saben iluminar algunas de mis tristezas con sus sonrisas. Se les apunta el sol en la boca, y el mundo es maravilloso. Incluso acá arriba.

Pueden estar pasando el momento más trágico de la existencia, pero eso no les borra la magia de la vida encontrada, cuando se ensancha sobre el rostro, como queriendo abarcarlo todo.

Pueden tener todos los motivos para cuajarse en sombras, pero eso no les roba ni un gramo de luz.

Y te conmueven, sonrías tú también, como sepas.

Mueves tu gesto en la dirección infinita del suyo.

Por eso no quiero dejar mi trabajo acá, en el altiplano. Siempre tienen algo que celebrar. Grande. Profundo. Dentro. Siempre confabulamos motivos para la fiesta. Anegamos los modos grises de la televisión, en ventanas abiertas para la fusión y la subversión, para el humor caliente y el baile de la vida, para la música sentida en cada vértebra y para el dolor de la ilusión. Compartida. Comunicada. Grande.

Como ya habréis deducido, trabajo en el Colegio Público Altiplano, en el Poblado de Entrevías. Muy cerquita de la Asamblea de Madrid, allá abajo. Más cerquita de Radio Vallekas, acá arriba.

Y sí, tenemos un programa de amistad con una escuelita en Cochabamba, en el altiplano, esta vez es el de verdad. Y nos hacemos cariños, entre las masas boscosas rotas de las selvas comidas por la lluvia ácida en todo el planeta.

Entre las masas boscosas rotas del napalm afectivo con que riega Repsol YPF el planeta, con que riega Repsol las sonrisas del planeta.

Compartimos las sonrisas y, de vez en cuando, un profesor, o un poco de dinero. Del que no tenemos, que es el que mejor se comparte. Vaya fiesta.

De altiplano a altiplano, todos nos sonreímos, aldeanos de otra Aldea Global. ■

